

# Cordobeses de ayer y de hoy

## Séneca

«Lucius Annaeus Seneca, llamado Séneca el Filósofo, nacido en Córdoba, constituye el origen de la tradición penal y penitenciaria española. Su tratado *De ira*, año 41 después de J. C., tiene en su capítulo XVIII la frase «Nemo prudens punit quia peccatum est, sed ne peccetur...», del cual fueron extraídas las dos expresiones que han servido, hasta tiempos recientes, para distinguir las doctrinas fundamentales del derecho penal en doctrinas absolutas («quia peccatum est») y en doctrinas relativas («ne peccetur»). A partir de este momento, cumbre de la historia humana, y durante varios siglos, la cultura española ha seguido las huellas de Roma en materia penitenciaria».

*Federico Castejón*

*Le système pénitentiaire de l'Espagne.* (Extrait de «Les grandes systèmes pénitentiaires actuels», París, 1950. Folleto de 14 páginas).

\* \* \*

## Séneca

«Como se ve por el testimonio excepcional de la revista oficial de los médicos forenses (Revista de Medicina legal española, julio 1949) no existía en España una psiquiatría jurídica completa ni referida al Derecho español.

Y, sin embargo, nuestro país tiene la honra de haber encabezado en la historia las inquietudes relativas a los problemas psiquiátricos, sobre todo respecto al Derecho. Es el que mayor contribución ha dado al mundo acerca de los problemas próceres de la imputabilidad y la responsabilidad. Conceptos tan recientes como la unidad psicósomática del hombre, el derecho penal de autor, los biotipos, etcétera, estaban ya entrevistados por nuestros pensadores, incluso algunos de ellos, cuando se presagiaba, pero no había aparecido aún, la doctrina de Cristo.

Al retórico cordobés Séneca nos referimos (*Controversias*, libro V, 32).

Estas doctrinas se hicieron carne de legislación en las *Partidas* e instituciones posteriores...»

*Ignacio López Sair y José M.<sup>a</sup> Codón*

(*Psiquiatría jurídica penal y civil*).

## Aben Házam de Córdoba

Es este insigne polígrafo la figura más sobresaliente en las letras arábigoandaluzas de su época (la del Califato Omeya).

Era hijo de Adhmed, visir de Almanzor. Tuvo una instrucción completísima, ya que conocía la Teología, el Derecho, la Historia universal, las tradiciones, la lengua, la Literatura, la Poesía... Durante la rebelión berberisca de 1013, fué desterrado de Córdoba por ser partidario de los Omeyas; establecióse en Almería, intervino en conjuraciones, fué hecho prisionero por los berberiscos y huyó a Játiva hasta que fué nombrado Califa Adderramán V al Mustadhir, quien le hizo su visir. Pero en seguida fué asesinado, y encarcelado Aben Házam. A partir de entonces, harto de la política, se dedicó principalmente al estudio de la Teología y la Jurisprudencia, en la que llegó a formar escuela, la de los *hazmies*; tan relevantes fueron sus obras. A la vejez, asqueado de la injusticia y anarquía reinantes, se recluyó en su casa soloriega de Huelva, que quizá sea la actual «Casa Montija».

Sus obras son bastante numerosas y variadas, respondiendo a su excepcional cultura; entre las principales se cuentan:

1.º) *El libro de los caracteres y la conducta*, acertadísima descripción de diferentes caracteres humanos, en forma de sentencias. Véase una de ellas:

«El primero que se pone en guardia contra el traidor es cabalmente aquel en cuyo favor cometió el traidor su traición. El primero que odia al testigo falso es precisamente aquel en cuyo favor depuso. El primero que tiene en poco a la adúltera es el que con ella cometió el adulterio».

Escribió sobre Historia varias obras, no conservadas, y entre otras menos importantes, la:

2.º) *Epístola de la excelencia de España y mención de sus sabios*, dirigida al reyezuelo de Alpuente.

Sobre Jurisprudencia, la obra más interesante es el *Fisal* o *Historia crítica de las religiones, sectas y escuelas*, la más famosa de su autor, que estudia las actitudes del espíritu humano en materia religiosa, desde el escepticismo sofista, que no cree en nada, hasta el Islam, única religión verdadera, según el autor. Para resolver el grave conflicto entre la razón y la fe, propone la conciliación armónica entre ambas, según su sistema teológico personal, un siglo antes que Averroes. Refuta el ateísmo, el escepticismo sofista, el

deísmo, las religiones positivas de Zoroastro, la cristiana, considerada como politeísta por el dogma de la Trinidad. Prueba la necesidad de la revelación divina y establece, por fin, un paralelo entre las tres religiones que se tienen por reveladas: judaísmo, cristianismo e islamismo. Y para probar que el islamismo es la única verdadera, aduce que la *Biblia*, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, está adulterada por judíos y cristianos, cosa facilísima de saber, según el autor, después de haber sido definitivamente derogadas por la misión divina de Mahoma. Trata luego de probar cual de las sectas mahometanas es la ortodoxa. Es, pues, el *Fisal* una historia de la teología islámica, con el reflejo que las culturas clásica y cristiana proporcionaron al Islam.

En el aspecto literario, la obra más interesante de Aben Hazam es la llamada *El Collar de la Paloma*, estudio psicológico del amor y de los amantes. Trata de la esencia del amor, de sus atributos y accidentes, de sus peligros y desgracias y, finalmente, del amor desordenado. Múltiples son las clases del amor: desde el que se siente hacia el Señor hasta el que adopta los más bajos aspectos; nadie en el mundo se libra de él, ni el más vil esclavo, ni el más elevado asceta. Dice bellamente Aben Hazam que la esencia del amor es «la unión de dos almas separadas en el mundo terrestre, pero que habían estado reunidas en el mundo superior». Para el autor, el amor es casi siempre un sentimiento noble y elevado. Intercala numerosas anécdotas de amor romántico, entre ellas la relativa al poeta al-Ramadi. Enamoróse éste repentinamente de una esclava llamada Halúa (Dulzura), a quien vió en la calle, y la siguió; volvióse ella y preguntó por qué era perseguida. Declaróse el poeta, pero la muchacha le rechazó, consintiendo, empero, en que la viese, citándole para aquel mismo lugar en que hablaron. Al-Ramadi acudió en adelante a aquel sitio con frecuencia, pero jamás la volvió a ver ni supo nada de ella. Sin embargo, aquella joven desconocida estuvo siempre presente en el corazón del poeta y fué la musa de sus versos.

Abundan en el *Collar de la Paloma* los datos biográficos del autor, quizá romántico por un amor imposible que tuvo en su juventud. Conocida es de todos la fama de materialistas que tienen los árabes en cuestiones de amor, por lo cual el platonismo amoroso de Aben Hazam ha sido algo traído y llevado por los autores que lo estudian. Dozy, lo explica gracias al supuesto origen cristiano de Aben Hazam. Así Palacios, en cambio, rechaza la tesis de Dozy, a la vez que señala otros muchos casos de amor romántico que se die-

ron en la época, explicables por influencias cristianas, y demuestra además la existencia de un fondo idealista, hasta ahora no reconocido, entre los pueblos musulmanes.

Aben Hazam da en esta obra numerosos y preciosos detalles de la vida íntima de las gentes de su pueblo, y se revela en los versos que intercalo tan buen poeta como erudito:

«Quisiera rajar mi corazón con cuchillo, meterte dentro, y luego volver a cerrar mi pecho.

Para que estuvieras en él y no habitaras en otro hasta el día de la Resurrección y del Juicio Final.

Así vivirás en él mientras yo existiera y a mi muerte morirías en las entretelas del corazón en la tiniebla del sepulcro».

Improvisaba con facilidad, y criticaba mucho la manera artificiosa de los poetas de su tiempo; él, por su parte, no abusó de las alegorías, comparaciones ni otras figuras retóricas. Su poesía es límpida y natural, honda y delicada, unas veces apasionada en exceso, otras friamente abstracta, cosa desconocida hasta él en la lírica andaluza.

Aben Hazam y sus obras han sido objeto de un completísimo estudio de don Miguel Asín Palacios, que tradujo y publicó la mayor parte de ellas entre los años 1927 y 1944.

*Angelita González Palencia*

(«Consigna», Madrid, julio 1950).

\* \* \*

### **Julio Burell**

Julio Burell entra en el siglo XX con cuarenta años; muere en 1919. El período de más intensidad—y más representativo—en Burell podemos situarlo a fines del siglo, a comienzos del siglo. En sus postrimerías está Burell retraído, enfermo. Durante el período indicado es Burell, en la grey periodística, la más alta representación del periodismo «brillante», oratorio. El estilo «brillante», en la época de que hablamos, es en realidad oratoria. El parlamentarismo ha contribuido, en gran parte, a la formación de ese estilo; caracterizada está la manera por la cláusula eufónica. Castelar practica la cláusula dilatada, eufónica; Burell la practica más corta, más ceñida. El quid está en aliar la eufonía con la condición.

Querámoslo, o nó, cuantos nos oponemos al estilo oratorio, la lengua española entraña, indefectiblemente, la eufonía; lo que se pondera como «nobleza», no es otra cosa que cadencia; aún los mismos que nos dicen que «escriben como hablan»,—llanamente—lo hacen con un retañir de eufonía. Julio Burell es fértil y espontáneo. No conoce el titubeo. No publicó libro alguno; esparció centenares de artículos; de Burell, en libro, sólo queda una breve y descuidada colección de artículos, que se publica en 1925. No basta esa colección para juzgarle; puede ayudar al juicio. Dentro del período sobre dicho, en que Burell culmina, está comprendido el Desastre, pérdida de Cuba y Filipinas. Burell, necesariamente, había de ocuparse en tal asunto; escribe el más significativo de sus artículos: «Contra una leyenda: voces del Desastre». Después de perder Cuba y Filipinas, cuando «al fin» nos quedamos solos, el representante diplomático de Bolivia, don Moisés Arruzcum, es quien primero nos tiende la mano, confortadoramente. El diplomático convida a una comida a significadas personalidades literarias, políticas. Burell, comensal, augura una era feliz: «Será España—escribe—aquel pueblo que, a semejanza de Grecia y Roma, realizando a su costa la transfusión del alma, ensancha el mundo y enciende en la árida meseta castellana una luminaria moral, a cuyos resplandores aparece joven y bello, con su canción a la vida nueva, el coro de las dieciseis Repúblicas americanas».

El Desastre tiene antiguos y complejos orígenes. La primera vez que Cánovas del Castillo es ministro, en 1864, desempeña la cartera de Gobernación; la segunda, en 1865, ocupa el ministerio de Ultramar, considerado en nuestros días como el más humilde. Cánovas ha tenido una gran equivocación: Cuba. Existen dos semblanzas de Cánovas de que no se puede prescindir: una, ultraderechista, de Antonio de Valbuena; otra, en la extrema izquierda, de Pi y Margall. En 1865, O'Donnell, presidente del Consejo, Capitán general de Cuba que había sido, quiere prestar atención al asunto cubano; nombra a Cánovas ministro de Ultramar. Hay que leer en cierto biógrafo de Cánovas, José Gómez Díez—su libro es de 1881—la actitud de Cánovas con los comisionados que, henchidos de esperanzas, vinieron a la Península, llamados por el ministro. Al final de su vida, ya sabemos cual fué, ante Cuba, la fórmula de Cánovas. El Desastre trae aparejada la guerra con los Estados Unidos; el título «Contra la leyenda», en el artículo de Burell, significa la demostración de que no fué la Prensa «liberal»

la que excitó a la guerra. La página es elocuente y curiosa; Burell nos cuenta un episodio que no conocíamos: recuerdo personal inapreciable. En esta página hay una silueta—simpática y cordial—de don Juan Vázquez de Mella. En una redacción, en que Burell trabaja, Mella ofrece a Burell, para su publicación, un documento sensacional, inflamada soflama de patriotismo, que todavía nadie conoce. Burell rehusó publicarlo. Con la poderosa influencia del periódico en la opinión, ese documento—publicado después en otro diario—sería un impulso decisivo hacia la guerra «El alma noble de Mella—dice Burell—asomó a sus ojos; guardó la carta y me abrazó».

Periodista militante, periodista siempre en el palenque, Julio Burell es un hombre de acción. Actuó en el Parlamento; fué primero ministro de Instrucción Pública; fué después, su sueño dorado, ministro de la Gobernación. El hombre de acción, va, ante todo, a la acción; el sentido crítico en él es secundario; queda con frecuencia anulado. En Burell hay frases reveladoras de tal fenómeno; nos dice, por ejemplo: «Escritores tan literarios y tan exquisitos como René de Mazeroy y Maurice Barrés...» Burell fué un buen amigo—un aliado—de los escritores del 98; lleva a la política, al Parlamento, el mismo anhelo.

*Azorín.*

(NOTA.—Don Julio Burell nació en Iznájar (Córdoba), en febrero de 1859. El artículo que reinsertamos, debido a la pluma de don José Martínez Ruiz «Azorín», vió la luz en «A B C», de Sevilla, el martes 1 de febrero de 1951).

\* \* \*

## **La personalidad del sabio cordobés D. José de la Torre del Cerro**

En alguna ocasión hemos leído que la geografía espiritual de España no sólo había que buscarla en Madrid, centro de las actividades intelectuales de la nación, sino también en las provincias donde escritores modestos realizan una labor de extraordinaria importancia sin otro afán que el de servir en este aspecto los intereses de la patria. Uno de estos hombres es el sabio cordobés don José de la Torre y del Cerro, jubilado no hace mucho del Cuerpo de Archiveros a que pertenecía. Más de medio siglo se ha pasado el ilustre investigador examinando viejos ma-

motretos y el fruto de su trabajo le ha hecho acreedor a la estimación de cuantos se interesan por el cultivo de las letras.

En su tenaz busca por los archivos ha efectuado el descubrimiento de valiosísimos documentos para establecer, de modo que no haya asomo de duda, la ascendencia cordobesa de Miguel de Cervantes Saavedra. Sus investigaciones acerca de doña Beatriz Enríquez, supuesta esposa de Cristóbal Colón y de su hijo Fernando, nacido en esta ciudad, ha esclarecido muchos extremos dudosos referentes a la vida del famoso navegante.

Sería prolijo enumerar toda la obra que ha llevado a cabo el señor de la Torre del Cerro en tan dilatado período de tiempo, pero hemos de decir que sus aportaciones a la historia de los descubridores del Nuevo Mundo elevan su personalidad a la más alta cima de la erudición.

Don José de la Torre del Cerro ha dedicado últimamente preferente atención a la obtención de documentos relacionados con el Inca Garcilaso, el primer historiador del Perú, que, como es sabido, pasó parte de su vida en Córdoba y escogió para su descanso eterno nuestra Catedral, donde aún se conservan sus restos, que son venerados como una reliquia histórica de la mayor trascendencia. Las noticias exhumadas por el señor de la Torre han tenido la máxima resonancia en los medios culturales de aquel país. Ello se ha puesto de relieve en estos días en que el embajador del Perú en España, mariscal Ureta, comunicó personalmente al investigador cordobés que su Gobierno había acordado concederle la encomienda de la Orden del Sol.

El nombre del señor de la Torre del Cerro goza de bien ganado prestigio en los países hispano-americanos, como lo prueba el hecho de que anteriormente a la iniciativa del Perú, otros Gobiernos de aquellas tierras le hicieron objeto de muy señaladas distinciones.

Mas si los países extranjeros le hacen justicia reconociendo sus altas dotes de inteligencia, hemos de pensar que también aquí, en nuestra España, se le debe tributar algún homenaje que testimonie nuestra gratitud al señor de la Torre por los trabajos que ha realizado para aumentar el acervo histórico y literario de España.

Creemos llegado el momento para ello y esperamos que sea Córdoba la primera en hacer patente su admiración por este hijo ilustre que tanto la ha realzado con su talento.

*Francisco de Posadas*

«España», Tánger 17 octubre 1950.